

SAN FRANCISCO DE ASÍS
(Clarisas, monasterio de Santa Ana, Badajoz, 4 de octubre de 2024)

Sir 50, 3-7; Sal 15; Gál 6, 14-18; Mt 11, 25-30

¿Por qué a ti, por qué a ti, por qué a ti, Hermano Francisco? Era esa la pregunta que le dirigía al padre y hermano Francisco uno de sus compañeros. *¿Por qué a ti, por qué a ti, por qué a ti, Hermano Francisco?* ¿Por qué todo el mundo te sigue mirando con profunda admiración después de 800 años de tu paso por entre nosotros? ¿Por qué tantos, hombres y mujeres, siguen venerándote como padre y maestro en el seguimiento de Cristo y tratan de imitar tus ejemplos? ¿Por qué creyentes y no creyentes se fijan en ti cuando hablan del compromiso por la justicia, la paz y la defensa de la naturaleza? *¿Por qué a ti, por qué a ti, por qué a ti, Hermano Francisco?*

No sé, queridos hermanos, lo que nos respondería hoy Francisco. Pero yo, que me he planteado dicha pregunta tantas veces, pienso que el secreto de la actualidad de Francisco está –y esto tal vez no lo entiendan los que no comparten nuestra fe-, en haberse dejado transformar por Cristo. Francisco es ante todo y sobre todo eso: un creyente, un hombre que se encontró con Cristo pobre y crucificado y se dejó embelesar por su belleza. Buenaventura lo define como “amigo de Cristo” (*LM 13, 3*), y Clara su “plantita”, lo presenta en su Testamento como “verdadero amante e imitador de Cristo” (*TestCl 5*). Ese es Francisco: un verdadero enamorado de Cristo, que llegó a identificarse plenamente con él hasta el punto que se le pueden aplicar textualmente cuanto el Apóstol Pablo refiere a sí mismo: “vivo, más no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (*Gál 2, 20*). Como Pablo se dejó encontrar por el Resucitado camino de Damasco, así Francisco se dejó encontrar por Cristo, pobre y crucificado, en la ermita de San Damián, en el abrazo al leproso, en la escucha de las Escrituras Santas en la Porciúncula. Y desde entonces su vida cambió radicalmente.

“Te bendigo, Padre, Señor de cielos y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los inteligentes y se las has revelado a los pequeños” (*Mt 11, 25*). Después del luto por aquellos que no acogen la Palabra (cf. *Mt 11, 20-24*), el evangelista Mateo nos presenta la danza por aquellos que la acogen. Es el “magnificat” de Jesús al Padre por haberse revelado a los “pequeños”. Es la sabiduría silenciosa, propia del pobre. Es la “docta ignorancia” del puro de corazón, al cual Dios se hace ver (cf. *Mt 5, 8*). Los sabios de este mundo buscan un dios sapiente y potente. Los “pequeños”, en cambio, encuentran la sabiduría y la potencia de Dios allí donde está: en la debilidad, en la cruz: “En cuanto a mí ya no me gloriaré sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (*Gál 6, 14*). Entre esos “pequeños” está Francisco, el Hermano Menor por excelencia, aquel que por amor de amante fue transformado en el Amado, como dice de él el Doctor Seráfico (cf. *LM 5*). Dios no es objeto de la conquista de la inteligencia, sino principio y fin de nuestro amor. Dios no se asoma a la ventana de nuestra mente, sino que busca la puerta para entrar en nuestro corazón.

Ahí está la razón última de la actualidad de Francisco, en haber descubierto a Cristo como su único bien, como recita el Salmo interleccional que nos propone la liturgia de hoy (cf. *Sal 15*). Buscar la actualidad del *Poverello* en otra parte sería equivocarnos de dirección. Si Francisco abraza el leproso y ese abrazo cambia su corazón es porque en el leproso descubre a Cristo “leproso” (cf. *LM 1, 6*). Si canta la creación como hermana, es porque en ella descubre al Creador, del cual toda ella es revelación y trae significación (cf. *Cánt 5*). Si ama a sus hermanos más que una madre puede amar a sus hijos (cf. *Rb 6, 8*), es porque en ellos descubre “regalos del Señor” (cf. *Test 14*). Si trabaja por la paz y la reconciliación (cf. *EP 101*) es porque descubrió que “Cristo es nuestra paz” (*Ef 2, 14*). Francisco tiene una visión cristiana del hombre y del universo. Para Francisco todo es “signo”, todo es “sacramento”. Él ve a Cristo al principio, al centro y final de todo. Cristo para

Francisco lo es todo: el principio y el fin, la razón primera y última de su existencia y de sus opciones más radicales de pobreza y de minoridad.

“Para mí el vivir es Cristo” (*Fil* 1, 21). Francisco experimenta el poder de la gracia divina y está como muerto y resucitado. Todas las riquezas anteriores, todo motivo de orgullo y seguridad, todo se convierte en “pérdida” desde el momento del encuentro con Jesús crucificado y resucitado (cf. *Fil* 3, 7-11) Entonces, dejarlo todo, crucificarse para el mundo (cf. *Gál* 6, 14), se convierte en algo casi necesario para expresar la sobreabundancia del don recibido. Este don es tan grande que requiere una expropiación total.

Francisco “se comprendió a sí mismo a la luz del Evangelio” (Benedicto XVI), a la luz de Cristo. Esto es lo que realmente fascina del hijo de Madonna Pica: haberse convertido en Evangelio viviente. He ahí como reparó el templo, he ahí como fortificó el santuario, en expresiones de la primera lectura que hemos escuchado (cf. *Sir* 50, 1ss). “Francisco, vete, repara mi casa, que, como ves, se viene del todo al suelo” (*2Cel* 10). No es colocando piedra sobre piedra como Francisco debe reparar la Iglesia. Lo entenderá más tarde. El *Poverello* reparó la Iglesia, dejándose transformar por Cristo y mirando desde entonces con los ojos de Cristo y desde Cristo al hombre y al mismo universo. El hijo de Pedro Bernardone consolidó la Iglesia (cf. *Sir* 50, 1), amando apasionadamente a Cristo y, con el corazón de Cristo amando a la humanidad entera, particularmente a la humanidad herida, que yace a la vera del camino medio muerta. El *Estigmatizado del Alvernia* protegió a su pueblo y aseguró la ciudad (cf. *Sir* 50, 4), asumiendo para sí y para cuantos le siguen la forma del Santo Evangelio.

Han pasado más de 800 años desde que inició la aventura evangélica de Francisco. Y hoy como ayer, Francisco nos indica a Cristo. No es él la meta, sino un ejemplo a seguir. Ejemplo de búsqueda del Señor, y, cuando lo encuentra, ejemplo de seguimiento radical y de entrega a Cristo y a los demás, en especial a los más pobres. Así vivió Francisco, así somos llamados a vivir cuantos nos decimos seguidores o admiradores suyos.

- Francisco, padre y hermano, ven, enséñanos cómo seguir a Cristo a través del camino trazado por el Evangelio.
- Francisco, padre y hermano, ven, enséñanos a descubrir a Cristo pobre y crucificado, como lo descubriste tú, y a servirlo, sirviendo a los más pequeños, a los últimos y excluidos.
- Francisco, padre y hermano, alcánzanos del Señor un corazón de pobre, para que podamos ser agraciados con la revelación de los secretos del Reino.
- Francisco, padre y hermano, alcánzanos del Señor la gracia de renovarnos en el espíritu del Evangelio y de restituirlo con nuestra vida y nuestras palabras.
- Francisco, padre y hermano, alcánzanos del Señor la gracia de mirar a la humanidad y a la creación entera con sus ojos y de amar con su corazón.
- Francisco, padre y hermano, ven, te necesitamos. Te necesita este mundo dividido y enfrentado por la violencia y las guerras, para que le muestres el camino de la paz y de la reconciliación. Te necesita la Iglesia, para que le recuerdes que vivir y anunciar el Evangelio es su razón de ser. Te necesita la Orden franciscana, para recordarnos que sólo viviendo la forma de vida que nos dejaste, en fidelidad creativa y gozosa, podremos renovar a la sociedad y la Iglesia que tanto amamos.
- Ven, hermano y padre Francisco, te necesitamos.